

Conociendo bien cuáles son tus promesas, no temo el castigo, sino el ser desheredado.

Siendo pecador, ¿cómo me lamento de tus correcciones, cuando veo azotado y herido a tu unigénito Hijo, que no tuvo pecado? Más prefiero ser víctima del azote paterno que perecer víctima de los halagos del traidor.

Cuando sometido a la cura del médico siento el fuego del cauterio y el corte del bisturí, grito; pero no hagas caso, Señor, de mis lamentos; cuida tan sólo de mi curación.

Por su provecho no fue oído San Pablo, mientras que fue atendida, para su castigo, la petición del diablo. Clamó San Pablo para que le fuera quitado el aguijón de su carne, y no le oíste, sino que le dijiste: «Bástate mi gracia; porque el valor se prueba en la debilidad» (II Cor. 12 9). Pidió el diablo tentar a Job, y se lo permitiste (Job 1 11); pidieron los demonios entrar en una manada de puercos, y se lo concediste (Mt. 8 31). Escuchaste a los demonios y no a tu Apóstol; pero a aquéllos les oíste para su escarnio; y al Apóstol no lo escuchaste para su salvación.

También yo he gemido ante Ti, Señor, Dios mío, y no me has oído. ¡Oh, insensato de mí!, ¿por qué he suspirado? Por la felicidad temporal, por la felicidad terrena. ¿Y quién me asegura que esta felicidad, objeto de mis deseos y suplicada con lágrimas, no habría sido causa de mi ruina?

No me escuchabas porque pedía yo cosas inconvenientes; convenía que las privaciones me sirvieran de escuela, mientras que las riquezas podían corromper mi corazón.

Te dejo a Ti el cuidado de lo que debes darme y de lo que debes quitarme; porque si me das lo que pido mal, quizá me lo concederías por estar airado contra mí. Si es preciso, Señor, llena de sufrimientos mi alma, para que, agobiado por ellos, recurra a Ti y no me deje seducir por los vanos deleites y la seguridad aparente.

Parece que en Ti se da la ira, pero es paterna y benévola. ¡Cuántos hay que entraron a formar parte de tu casa, porque, atribulados por la adversidad, estaban llenos de fe! Me afliges, sí, con las penalidades, pero es para vaciar el vaso lleno de iniquidad y llenarlo después con tu gracia.

Ahora vivo de la esperanza, porque no estoy aún en posesión de la realidad; mas para no desmayar en la esperanza, Tú me asistes con tus promesas, ayudándome y sosteniéndome en los males que tengo que sufrir.

Tú eres fiel y no permites que la tentación sea superior a mis fuerzas, sino que lo dispones de modo que obtenga provecho, dándome fuerzas para vencer (I Cor. 10 13).

Pruébame en el horno de la tribulación, de modo que su fuego no rompa sino endurezca el vaso de mi fragilidad.

Meditando con San Agustín

El justo ante las tribulaciones

Ea, cristiano, semilla celestial, peregrino en la tierra, que buscas tu patria en el cielo y deseas asociarte a los santos ángeles, procura entender que has venido a este mundo para abandonarlo. Pasas por el mundo con la mirada fija en Aquel que lo ha creado.

1º Las tribulaciones son salud para los justos, y castigo para los impíos.

No te perturben los amadores del mundo, que quisieran permanecer en él, y que, les guste o no, se verán obligados a levantar sus tiendas. No te dejes seducir ni engañar por ellos.

Las aflicciones de este mundo no pueden ser para ti piedra de escándalo. Al contrario, sé justo y te servirán de prueba.

Sobrevendrá la tribulación, pero será para ti lo que tú quieras: o ejercicio de la virtud, o motivo de condenación. Según como te encuentre, así será contigo.

La tribulación es fuego. ¿Te encuentra oro? Purificará tus inmundicias. ¿Te encuentra paja? Te convertirá en ceniza.

Considera este mundo como el crisol de un orfebre. En poco espacio se encierran estas tres cosas: el oro, la paja y el fuego. Allí están los justos como oro, los impíos como paja, la tribulación como fuego y Dios como el orfebre. El justo, que alaba a Dios, es oro puro; el impío, que le blasfema, es paja humeante.

Por una misma tribulación, es decir, dentro de un mismo fuego, el primero es purificado y el segundo es consumido; pero Dios, orfebre sumo, en ambos es glorificado.

Poderosa materia de purificación para los buenos es el gran número de los malos; pues en la multitud de los malos, aunque no aparezcan los buenos que en ella están mezclados, el Señor conoce a los que son suyos.

Bajo la mano de tan excelente orfebre ni una partícula de oro perecerá entre el montón de paja. ¡Qué montón de paja y qué escasez de oro! Pero no temas: el orfebre es tan hábil, que sabe separar y limpiar sin perder nada.

2º Debe el justo, en esta vida, tolerar a los malos.

A ti, quienquiera que sea el que escuchas, no a mí, sino a lo que el Señor te habla por mí, te digo: Sé bueno y tolera al malo. Sé bueno simplemente, pero doblemente tolerante con el malo.

Bueno has de serlo interiormente, pues si no eres bueno en tu interior, no eres bueno de ningún modo. Sé, pues, bueno interiormente, pero sufre a los malos interior y exteriormente. En lo exterior tolera al hereje, tolera al infiel; pero tolera también interiormente al mal cristiano.

Al sufrir las molestias de los malos, te indignas interiormente y te enojas, como si hubiese llegado ya el tiempo de separar la paja del grano. No; aún estás tendido en la era para ser trillado, y la trilla continúa: mientras vivimos de la fe, es la hora de segar el trigo y de hacer los haces para llevarlos a la era. ¿Te crees que puedes ser trigo limpio en la era? Te equivocas. Gime ahora en la era para que puedas después gozar en el granero.

Soporta, pues, la prueba en medio de los malos, y no me digas: Está bien que la existencia de los malos sea necesaria para probarme; pero al menos, que éstos sean pocos y muchos los buenos. No discurras así; pues si los malos fueran pocos, no podrían molestar a los muchos.

A poco que reflexiones, concluirás que, si los buenos fueran muchos y los malos pocos, estos pocos no se atreverían a atentar contra los muchos buenos, y en caso de no atreverse, no serían probados. Por el contrario, como los malos son muchos, ya tienen los pocos buenos ocasión de trabajar; y cuando se trabaja se suda; y con este trabajo y sudor el oro se purifica.

Tú contribuye, pues, al decoro de la Casa de Dios.

3º Provechos que el justo saca de la tribulación que le arman los malos.

Si la tribulación es fuego, la felicidad es agua; el fuego quema, el agua corrompe; dos cosas igualmente temibles: la quemadura de la tribulación y la corrupción de la alegría.

En las estrecheces y en las llamadas adversidades de este mundo hay fuego; en las prosperidades y afluencia de bienes terrenos hay agua. Procura que el fuego no te consuma y que el agua no te corrompa.

Sé valiente y sufre el fuego, porque tienes necesidad de ser horneado, como el vaso de arcilla, que es puesto en el horno, para endurecerse después de modelado. La vajilla que ha pasado por el fuego resiste la acción del agua, mientras que la que no ha pasado por él se disuelve y se convierte en barro.

No tengas prisa por las aguas de la felicidad; atraviesa por el fuego para ir al agua, y así podrás atravesar también el agua.

Es necesario que en el fuego no te resquebrajes y que en el agua no te sumerjas, sino que te mantengas a flote: y que por el rigor de la corrección camines a la paz, que es lo mismo que si por el fuego y el agua pasases al lugar de refrigerio.

4º Las tribulaciones del justo son manifestación de la bondad paterna de Dios.

Juzgas que Dios obra despiadadamente cuando quiere endurecer lo que modeló; pero no es así, porque Dios es siempre Padre y nunca te castiga para perderte. Si cuando vives mal no te castiga, entonces sí que es grande su ira.

En una palabra: las tribulaciones de este mundo son el castigo de quien quiere tu corrección para no verse obligado a dar contra ti sentencia de condenación.

Mientras la uva permanece en la vid, no sufre la presión del lagar, y parece bella e intacta, pero no se transforma en vino; es necesario llevarla al lagar, pisarla y exprimirla. Parece una injuria a la uva, pero este maltrato no es estéril; más bien al revés, estéril quedaría si no fuese sometida a este trabajo.

Si no sufres con resignación las persecuciones por Cristo, examínate bien, no sea que aún no hayas empezado a vivir el amor a Cristo. Al dar cabida a Cristo en tu vida, entras en el lagar, y debes estar preparado para ser exprimido. Cuidado, no estés seco, no sea que, cuando seas exprimido, no destiles nada.

Has nacido para vivir bajo el látigo; basta ser hijo de Adán para no poder librarte de esta carga.

Algunas veces los pecadores no son castigados en esta vida, o lo son menos que los demás, porque desesperan de conseguir la recompensa final. Tú, por el contrario, esperando la vida eterna, debes resignarte ahora a las pruebas en conformidad con aquel dicho: «Hijo mío, no te desanimes ante la corrección del Señor, ni desmayes cuando El te reprende; porque el Señor corrige a quien ama, y castiga al hijo que vive en su casa» (Prov. 3 11).

¿Aborreces el látigo? No tendrás parte en la herencia, porque es necesario que todo hijo sea castigado. Y es tan general esta ley, que Dios no dispensó de su cumplimiento ni siquiera a Aquel que no tuvo pecado.

Prepárate, por tanto, para las pruebas, o renuncia a ser reconocido como hijo de Dios.

Si somete El a prueba a todos los que adopta por hijos, ¿cómo pretendes que haga contigo una excepción? Si al presente quieres ser excluido de los trabajos, no serás contado en el número de los hijos.

Afectos y súplicas.

Impónme, Señor, todas las correcciones que quieras, con tal de que no me falte tu misericordia. Castígame por rebelde, pero consérvame la herencia eterna.